

Los Alemanes y el Nacionalsocialismo: el
Proyecto de una Sociedad Ideal
1933-1939

The German and National Socialism: the
Project of an Ideal Society
1933-1939

Nombre: Dagny Romero Brassart

NIUB: 14754482

Asignatura: Trabajo de Fin de Grado

Departamento: Historia Contemporánea

Grado: Historia

Curso: 2012-2013

Indice

<u>I) Introducción</u>	2
<u>II) El Renacer del Ideal Germano en el Período de Entreguerras</u>	4
<u>II) a. Auge del Radicalismo en Europa</u>	4
<u>II) b. El Trauma Alemán: de la Gran Guerra a la Degradación Social</u>	5
<u>II) c. El Primer Paso: la Revolución Nazi</u>	6
<u>II) d. Visión de futuro</u>	8
<u>III) El Sentido de la Comunidad Nacionalsocialista</u>	10
<u>III) a. Unidad a través de los medios de comunicación</u>	10
<u>III) b. Autoridad Policial</u>	13
<u>III) c. El <i>Volksgemeinschaft</i></u>	15
<u>III) d. Los Marginados Sociales</u>	20
<u>IV) Conclusión</u>	26
<u>V) Bibliografía Comentada</u>	28

Resumen: a lo largo del trabajo siguiente nos interrogamos sobre la nazificación de la sociedad alemana entre los años 1933 y 1939. El Führer ganó apoyos y se consolidó en el poder con la recuperación del pleno empleo, sacando al país de la crisis. Sin embargo, ¿fue ésta la única razón de su éxito? ¿Porqué los alemanes se adhirieron con tanto entusiasmo a su ímpetu radical? ¿Hasta qué punto se convirtió la sociedad, dónde hay que buscar las luces y sombras del proyecto social nazi? Deseando siempre el consenso social, se sacó adelante el *volksgemeinschaft*, la comunidad del pueblo. Aparecieron dos bloques: la comunidad del pueblo y los marginados sociales. Pertener a uno u otro determinaba las posibilidades vitales y laborales de cada individuo. Con una base de segregación política y racial, el sentido de la sociedad alemana cambió radicalmente.

Palabras Clave: Tercer Reich, revolución nazi, *volksgemeinschaft*, marginados sociales.

Abstract: in this essay we ask ourselves about the nazification of the German society during the nazi government between 1933 and 1939. The Führer won over large amounts of support and established himself by achieving the full employment level. However, was that the only cause of his victory? Why did the German people support his radical force with such enthusiasm? How far did the conversion of this society go, where do we have to look for the good and bad aspects of the nazi social Project? Always seeking social recognition, the nazis developed the “people’s community” project. It divided society in two blocks: the people’s community and the socially ostracized. To belong to one or the other established an individual’s vital and working chances. Based on politic and racial segregation, the direction of the German society changed radically.

Key Words: Third Reich, nazi revolution, *volksgemeinschaft*, socially ostracized.

I) Introducción

“Un pueblo, un imperio, un führer” es el lema nacionalsocialista por excelencia. Simple y directo, alude a una Alemania grande y unida bajo la mirada firme y protectora de Hitler. Durante la totalidad del gobierno nazi se trabajó por ese ideal. El 30 de enero de 1933 Hitler fue nombrado canciller, marcando el inicio de un nuevo orden que avanzó a toda prisa. Ese espíritu acelerado caló pronto en la sociedad alemana, reorganizándola en pos de un futuro mejor. Siguiendo el argumento del bien

del *volks-gemeinschaft* – la comunidad del pueblo – se encuadró a los alemanes en dinámicas políticas, sociales y económicas nunca vistas antes. Al profundizar en este tema, surgen diversas preguntas: ¿porqué se produjo la victoria política nazi? ¿Hasta qué punto fue real esa victoria entre la población alemana? ¿Bajo qué formas se consolidó el nuevo sentido social, y con qué mecanismos? Si bien el lema ya mencionado quiere proyectar una unidad inquebrantable, la realidad fue muy diferente. La sociedad alemana se mostró llena de ilusión, dedicación, y trabajo duro; sin embargo, también aparecen quejas veladas, contradicciones y diversidad de opiniones que instan a buscar el gris en un mundo a priori blanco y negro. Como en el S. XV ocurriese con la caza de brujas, el Tercer Reich quiso producir esa unión social que ayudaría a construir un futuro mejor y a luchar contra el enemigo común. Tratándose de un país roto por los fracasos de la República de Weimar, el pueblo estaba desazonado y hastiado. Hitler se alzó como una solución de emergencia, casi un mal necesario. A los pocos meses, sin embargo, el *führer* se convirtió prácticamente en un mesías, que dio una nueva dirección a esa sociedad descarrilada. Esa nueva dirección era el renacer germano, que implicaba una total reordenación de la vida cotidiana y de las aspiraciones de futuro. Por otro lado, los nazis apuntaron su índice acusador sobre un sombrío enemigo compartido, que a su vez era motivo de desprecio y de aglutinación social. Ese enemigo, con fatales consecuencias, era el judío-comunista-marxista, visto como un encorvado ser demoníaco, que esperaba en todas las esquinas para atacar y despojar de su virtud y sus bienes a los buenos arios. Así pues, en el trabajo que desarrollaremos a continuación, vamos a tratar de establecer un retrato de la sociedad alemana y presentar sus principios integradores durante los seis primeros años del Tercer Reich. Es decir, del 30 de enero de 1933 – acceso al poder de Hitler – hasta el 1 de septiembre de 1939 – inicio formal de la Segunda Guerra Mundial. Nos limitamos a este espacio temporal por considerar que la historia del nacionalsocialismo alemán se distingue claramente en dos bloques. El primero es el ya mencionado y el que vamos a estudiar; el segundo es el que ocupa la Segunda Guerra Mundial, es decir, del 1 de septiembre de 1939 al 9 de mayo de 1945. Son dos franjas temporales en las que los nacionalsocialistas persiguieron el mismo objetivo, aunque con dinámicas y modos diferentes. Los primeros seis años se muestran como una consolidación acelerada del nacionalsocialismo, pero que conservaba frenos evidentes en cuanto a las tendencias más radicales de esta ideología. Asimismo, es claramente una preparación para la guerra, sin la cual el gobierno nazi no hubiese podido aguantar hasta 1939. Al estallar el conflicto, en cambio, las formas de

acción, reacción, castigo y uniformización del gobierno alemán se radicalizaron, yendo a la par con la situación siempre dramática de guerra. Tal muestra de barbarie y violencia ideológica no habría sido posible si no se hubiese allanado el camino – socialmente hablando, sobretodo – entre los años 1933 y 1939. Así pues, nos interesa básicamente estudiar la primera etapa del gobierno nacionalsocialista, en la cual encontraremos respuesta a las preguntas planteadas. Por otro lado, nos centramos en el territorio estrictamente Alemán, ya que – a excepción de los austríacos con la creación del *Anschluss* en 1938 – sus habitantes fueron los que más directamente se vieron afectados por las políticas nazis. Así pues, realizaremos nuestro trabajo en dos partes. En la primera estudiaremos el renacer germano durante el período de entreguerras, enmarcándolo dentro de un contexto europeo, analizando el porqué del éxito de Hitler y estudiando el proyecto que sedujo a masas de alemanes. En la segunda parte, estudiaremos el cambio de sentido social, que se basaba en una clara distinción de razas, y veremos cómo se difundieron y aplicaron los nuevos valores comunitarios.

II) El Renacer Germano en el Período de Entreguerras

Durante el Período de Entreguerras se tuvieron que afrontar los desastres de la primera Guerra Mundial, además de cargar con crisis económicas, políticas y sociales. La democracia se vio como un barco a la deriva. La connivencia de esos factores favoreció la aparición de sistemas políticos autoritarios. En el caso alemán, se trató del régimen nazi, que impulsó una reforma total del país, apelando a un glorioso renacer que dejaría atrás las ruinas y la humillación del Tratado de Versalles.

a) Auge del radicalismo en Europa

Para entender la ordenación social nazi, hay que entender porqué caló rápidamente la nueva ideología. Por ello vamos a analizar el auge de los radicalismos políticos en Europa, según el estudio de Hobsbawm en su obra *La Era de los Extremos*, publicada en 1994. Sitúa el punto de partida en el fin de la Primera Guerra Mundial. La barbarie de la guerra total había lanzado los estados occidentales en un círculo de miedo y ansiedad. Se intentó paliar con organismos como la Sociedad de Naciones, que debía velar por una paz y una concordia frágiles. Asimismo, al final de la guerra surgieron diversas revoluciones socialistas y populistas. El Crack del '29 fue un punto de inflexión. El hundimiento de la economía mundial hizo aumentar el descontento frente al liberalismo y al capitalismo, que no ofrecían soluciones.

Reaccionando a esta amenaza al orden tradicional, surgieron gobiernos de derechas y movimientos fascistas – con sus secciones paramilitares – en países como España, Portugal o Italia. El fascismo encontró adeptos entre las clases burguesas y medias, en especial entre los jóvenes. Con todo, la democracia había perdido fuerza por las tensiones entre derecha e izquierda y las consecuencias de la Gran Guerra. En diferentes lugares perdió la confrontación cuando se impusieron dictaduras conservadoras o fascistas. Fue en esta situación que apareció el nacionalsocialismo en Alemania.

b) El Trauma Alemán: de la Gran Guerra a la Degradación Social

¿Porqué la democracia de Paul Von Hindenburg cedió con tanta prisa el poder al totalitario Hitler? Alemania se encontraba en una situación crítica. La democracia no había controlado las consecuencias de la Gran Inflación de 1922-1924 y la Gran Depresión de 1929. El paro se disparó. Las cifras van de 8 millones (Gellately, 2002: 25) a 4'8 millones en 1933 (Fritzsche, 2008: 62). Los alemanes se sentían abandonados por la República de Weimar que, luchando por sobrevivir, concedía ayudas insuficientes.

El descrédito político era importante. No sólo por la existencia de tensiones internas y divisiones entre los partidos del Parlamento, sino también por el pesado legado de los Tratados de Versalles de 1918. Alemania estaba limitada económica, militar y políticamente por los Aliados. La población sentía que su hogar había sido cercado y humillado. Asimismo, su deuda con el mundo europeo profundizó la crisis de los años '20. Así pues, muchos llegaron a dudar del liberalismo y la democracia.

Se hablaba de una supuesta decadencia moral y cultural. Las mujeres podían votar desde 1919, y se veía cada vez más el prototipo de “joven trabajadora fuera de casa”. Se las veía como mujeres descarriadas, viviendo una existencia de libertad sexual, aborto, incluso prostitución y enfermedades. Se temía un aumento de la criminalidad y la inseguridad. Asimismo, la presencia de socialistas, comunistas y marxistas preocupaba a la clase media y burguesa. Consideraban que las buenas maneras y el respeto por la tradición se estaban perdiendo, desembocando en un caos de arte vanguardista, manifestaciones e inmoralidad. Estos ciudadanos se veían asolados por lo que consideraban la degeneración de un Berlín abierto a los espíritus libres europeos.

c) El Primer Paso: la Revolución Nazi

En este contexto fue cuando las agotadas fuerzas políticas se giraron hacia el fascismo. Von Hindenburg nombró canciller a Hitler el 30 de enero de 1933. Ello fue bien visto por algunos: los alemanes propietarios, no marxistas y no católicos, vieron en el poder a alguien que velaría por sus intereses.

En febrero de 1933 un ataque pirómano en el Reichstag fue atribuido a la oposición comunista. Hitler lo disolvió con la excusa del ataque y realizó una enmienda constitucional que lo convirtió en dictador y legislador. Inició así la eliminación de toda oposición política, con la intención de que fuese lo más rápida posible (Davidson, 2012: 159). Asimismo, procedió a ilegalizar todos los partidos políticos salvo el NSDAP. Para luchar contra el peligro comunista sistematizó el uso del terror contra los opositores. Fueron unos primeros seis meses de violencia y caos callejero legales, en los que sólo se persiguió a disidentes políticos. A muchos que simplemente eran sospechosos se los retiró de sus puestos en instituciones públicas, como los colegios. Eran prácticamente abandonados por el estado y pasaban a tener un nivel de vida muy bajo.

La histeria anti-comunista fue alentada por la prensa, no se aceptaba ninguna crítica al régimen. La resistencia fue mínima, perseguida por una policía – la Gestapo – que tenía el único objetivo de eliminar a los elementos bolcheviques y subversivos. Ésta – a diferencia de la SA, conocidos como “camisas pardas” y compuesta por civiles – apenas necesitó ser purgada ya que compartía las ideas del NSDAP sobre los comunistas y el orden social. La policía y demás agentes de la autoridad se alzaron como intimidantes persecutores y garantes del orden. Disfrutaron de prerrogativas para organizar redadas y detenciones masivas. Las víctimas eran enviadas a campos de concentración no reglamentarios montados por las SA, ya que las prisiones no podían hacer frente a tal cantidad de prisioneros. El 23 de marzo se crearon tribunales especiales – casi tan poderosos como la Gestapo – para controlar el comunismo y la subversión. Con algunas excepciones, la oposición adoptó pronto una actitud de silencio e indiferencia. Así pues, entre los excesos de la policía, las desapariciones y muertes arbitrarias de amigos y familiares, y las duras penas impuestas por los tribunales especiales, se instauró un clima de tensión – aunque no de miedo. Parte de la población se consolaba escuchando las razones de los nazis, que aseguraban que la situación era temporal.

Por otro lado, ya tuvieron lugar persecuciones no masivas de judíos. El 7 de abril se decretó la depuración de los cuerpos de funcionariado civil de sus empleados judíos,

dando paso a una serie de ataques arbitrarios a nivel provincial. El 1 de abril de 1933 se lanzó un boicot contra los negocios judíos, ante los cuales montaron guardia las SA. Aunque no tuvo un éxito rotundo los políticos nazis y la prensa sobredimensionaron los hechos. Se dieron así los primeros pasos hacia el antisemitismo sistematizado, indicando a la población la postura racial y de mano dura del partido (Gellately, 2002: 46).

No ha de sorprender la facilidad con la que se realizaron todas estas acciones. Hay que tener en cuenta que el escenario político estaba demasiado debilitado y fragmentado como para luchar contra un líder como Hitler. Asimismo, buena parte de la población aceptó bien la dictadura puesto que la democracia no funcionaba. Ya durante los años veinte habían proliferado mesías y predicadores fatalistas que anunciaban el inicio de la catástrofe (Fest, 2007: 46). Por otro lado, los nacionalsocialistas se fueron ganando sectores de la sociedad, como hicieron con los católicos al firmar un Concordato con el Vaticano en julio de 1933. Aunque los líderes religiosos no se alinearon claramente con el nazismo, no lucharon contra el antisemitismo (Goldhagen, 1998: 152). Así pues, Hitler sedujo masas, instándolas a mirar hacia delante e iniciar la lucha que volvería a situar a Alemania entre las primeras potencias mundiales. A pesar de ello la preocupación por el caos callejero imperaba y no se tomaba a la ligera: los alemanes temían una guerra civil. Hitler frenó los excesos de violencia una vez consideró que la situación política se había estabilizado y temió el hastío de la población.

Propuso una visión novedosa en sus formas, pero no en su fondo. Es decir, propuso un nuevo sentido para las visiones y aspiraciones tradicionales de los alemanes. Así, la “comunidad del pueblo” o *volksgemeinschaft* no fue un invento nazi. El concepto existía previamente en la tradición nacionalista alemana y con Hitler se impulsó (Fritzsche, 2008: 41). Uno de sus mayores atractivos era el hecho que, entre todos los que tuviesen asegurados un puesto en su interior, no había diferencias de clase. Por otro lado, la judeo-fobia tenía décadas – sino siglos – de historia. Así, vemos que la dictadura no quiso ir por el camino de la represión pura y la imposición política e ideológica, sino que buscó siempre el apoyo de la población mediante fórmulas seductoras, apelando a sus deseos y aspiraciones compartidas. Muchos de los que no habían sido convencidos se rindieron, convenciéndose de que nunca podrían mover a Hitler del poder (Fest, 2007: 70).

d) Visión de futuro

Antes que nada, Hitler se ocupó del problema del desempleo. Creó puestos de trabajo mediante obras públicas, construyendo los *autobahns* – autovías alemanas (Fritzsche, 2008: 62). Se trabajaba en malas condiciones y por salarios bajos, lo que relativiza la recuperación del bienestar social y del pleno empleo. Muchos fueron obligados a aceptar ofertas de empleo bajo pena de arresto. Se sufrieron dificultades legales para cambiar de empleo y hubo un aumento de las horas laborales. A pesar de todo, para 1934 el número de parados había descendido a 2'7 millones y en 1937 se recuperaron los niveles de 1928. Ello fue determinante para brindar popularidad a Hitler. Además, junto a él estaba la totalidad del gobierno nazi, hecho que convirtió a los partidarios en afines a una ideología, no a un hombre. Se produjo, pues, una de las mayores victorias del nazismo.

Por otro lado, la población tenía la posibilidad de acceder a diversas ayudas económicas – que a menudo iban de la mano con preceptos raciales. Se trataba, por ejemplo, de préstamos a matrimonios racialmente correctos, o a mujeres casadas que abandonaban el trabajo para ocuparse del hogar. Aceptarlos era participar activamente en el proyecto nazi (Gellately, 2002: 29). Así se construían familias conservadoras ideales que, además, eran arias. Fue una manera de involucrar a los ciudadanos en el proyecto nazi. Asimismo, los alemanes no recibían una impresión de deshonestidad por parte del gobierno, ya que éste deseaba de sus funcionarios una total implicación y sentido solidario.

Se fue definiendo cada vez más el *volksgemeinschaft* con la participación de miles de ciudadanos. Unas de las actividades socio-políticas más importantes eran las que se desarrollaban en el seno de organismos como las Juventudes Hitlerianas. Los jóvenes nazis se sentían responsables y unidos para librar la gran batalla. Muchos se entusiasmaron con los despliegues de gloria nazi que se realizaron con el nombramiento de Hitler (Davidson, 2012: 151). Se los comenzó a educar en los colegios según los pretextos políticos y raciales del NSDAP, con nuevas materias como la llamada Ciencias Raciales (Fest, 2007: 65). Götz Aly (2006: 27) insiste en la importancia de los puentes tendidos durante la República y como consecuencia de la Primera Guerra Mundial. Las trincheras habían provocado una pérdida del orgullo de clase en las élites sociales. Sin embargo seguía existiendo un fuerte sentido de *clase alta* y *clase baja* que los nacionalsocialistas querían erradicar. Debía ser reemplazado por un espíritu de solidaridad entre *volksgenossen*. Miríadas de voluntarios quisieron aportar su

granito de arena. Como dijo Erich Ebermayer, un guionista alemán, en su diario íntimo titulado *Denn Heute Gehört uns Deutschland*, “la gente joven ya no camina, sino que marcha” (Ebermayer, 1959; citado en Fritzsche, 2008).

Por otro lado, los más convencidos fueron conscientes de que había que pasar de pensar en clave de “yo” a “nosotros”. Los cambios en la mentalidad y el lenguaje cotidianos son un indicador de lo que ocurría a niveles más profundos. Uno de ellos es el repentino y masivo uso del saludo nazi, *Heil Hitler*. Muchos se sintieron coaccionados a usarlo: sino, serían sospechosos. Era una forma visible de declarar si se estaba “dentro” o “fuera” del *volksgemeinschaft*, ya que los judíos, por ejemplo, tenían prohibido realizarlo. Así pues, el saludo era una forma de mantener la unidad política así como un signo de las afinidades políticas. Otros se negaron abiertamente a usarlo, como los Testigos de Jehová, oponiéndose al régimen. El saludo hitleriano no era un indicador fiable de los niveles de afinidad al régimen, puesto que era usado por alemanes convencidos, por desinteresados en asuntos políticos y por opositores camuflados (Fritzsche, 2008: 31), pero se convirtió en un símbolo nazi en toda regla.

El partido nazi trabajó activamente para ganarse a la clase trabajadora. Lo cierto es que parte de ese sector se sentía agradecida por las diversas iniciativas económicas que estaban estabilizando el país. Así, el 1 de mayo de 1933 fue celebrado de forma magnífica: espectáculos aéreos, grandes discursos, y apariciones de celebridades proletarias. Fue una celebración que quiso dar una visión de unión entre el estado y el pueblo, en vez de enfrentamiento. Así, los nacionalsocialistas se esforzaron siempre por agasajar a la clase trabajadora, alabando su aportación al sector industrial y resaltando su papel en el proyecto social. Con todo, a pesar de las reticencias y el silencio de muchos, la clase trabajadora se convirtió en el sector base del nacionalsocialismo, sin la cual éste no hubiese podido seguir adelante con sus políticas de forma tan contundente.

Vemos que el NSDAP supo jugar sus cartas, creando un equilibrio inicial entre violencia y renovación que convenció a unos y doblegó a otros. Mediante regalos y premios, gran parte de la población creyó rápidamente que el nazismo era el cambio que el país necesitaba. Apelando a las necesidades inmediatas y a las aspiraciones de los alemanes, Hitler consiguió reorientar muchas miradas hacia un futuro nacionalsocialista. Como en todo intento de revolución, siempre hubo escépticos, o simplemente personas conformistas que no se implicaron ni retractaron, sino que se adaptaron y siguieron con sus vidas. Sin embargo, no se puede negar que el empuje nazi llevó consigo a cientos de miles de alemanes. Vieron la posibilidad de mejorar sus

propias vidas y canalizar sus sentimientos nacionalistas devolviéndole su fuerza y grandeza al país.

III) El Sentido de la Comunidad Nacionalsocialista

No se puede decir que la sociedad alemana previa al nazismo fuese reemplazada por una completamente nueva. Seguía estando compuesta por las mismas personas y con una serie de valores que encajaban con la tradición alemana. Sin embargo, hubo un cambio de dirección radical basado en el racismo y el sentimiento comunitario. Este último seguía la línea integradora de las sociedades occidentales, con un matiz selectivo que determinaba quién tenía derecho a pertenecer a la comunidad y quién no. Ello se hizo bombardeando la opinión pública – un fenómeno que no tenía mucho tiempo de vida – con una serie de discursos politizados. Antaño monopolio de la Iglesia, el gobierno nazi pasó a controlar la moralidad y la unidad política gracias a una serie de mecanismos innovadores: un uso masivo de los medios de comunicación y la autoridad de una policía con unas amplias prerrogativas fueron dos elementos base para la división de la nación alemana entre arios e indeseables.

a) Unidad a través de los medios de comunicación

Uno de los elementos básicos del Tercer Reich fueron los medios de comunicación. Se los usó para convencer y cohesionar a la población. Uno de los más visibles fue la prensa y la intensa propaganda pro nazi que realizaba día tras día. Tenía vínculos con la Gestapo, que pasaba datos a periódicos y panfletos, y en ocasiones dictaba los argumentos que debían usarse. Había pues una censura sistematizada. Así se fomentó el odio hacia los judíos, relacionándolos con el comunismo, la traición al pueblo y la delincuencia. Se tergiversó la información pero no se escondió nada. El hacerlo hubiese condenado a la cúpula gubernativa, ya que con los programas radiofónicos internacionales la población se enteraba de todo – por ejemplo, de la existencia de campos de concentración – y podría reprochar cualquier mentira (Gellately, 2002: 85). Los artículos periodísticos eran asimismo una forma de disuadir a los criminales, ya que les quedaba muy claro lo que les pasaría y cuál sería su lugar en la sociedad. Los lectores consumían las noticias sabiendo que todos sus conocidos hacían lo mismo. Comentarlas y contrastar opiniones se convirtió en una forma de difusión de los valores del nazismo y de creación de una comunidad del pueblo que en general compartía los preceptos nazis. El ambiente estaba totalmente politizado (Fest,

2007: 101). Así, la lectura de periódicos fue básica para que los ciudadanos partidarios del nazismo creasen, desde abajo, el deseado *volks-gemeinschaft*.

Por otro lado, disfrutando de una omnipresencia sin precedentes, estaba la radio. El NSDAP introdujo el modelo VE 301 vendido a 76 marcos. Esta “radio barata” tuvo un gran éxito. Para 1934 se habían vendido ya 1’5 millones de unidades. Goebbels introdujo un lema que definía en pocas palabras esa política, “una radio en cada hogar alemán”. Así, ese producto estaba presente en las casas así como en la vía pública: en los puestos, en los restaurantes y en los lugares de trabajo. Aunque uno no quisiera siempre acababa oyendo a Hitler. La radio se había inmiscuido en la vida personal de los ciudadanos, no sólo por su constante presencia, sino porque podía ser utilizada en contra de quien no actuase según las reglas. Así, a partir de 1937 fue ilegalizada la radio rusa, por lo cual quien la escuchase estaba en peligro (Gellately, 2002: 253). Si bien no era obligatorio estar afiliado al partido, mostrar afinidad hacia cualquier otra tendencia política era delito. Muchos vecinos, compañeros de trabajo y demás delataron a sus prójimos. La escucha radiofónica era bastante pesada debido a su monotemático contenido político. A partir de 1935, en una acertada maniobra propagandística, el gobierno cambió la programación. Se introdujeron programas de variedades, con chistes, canciones, y crónicas de situaciones cotidianas. Se creó el *Wunschkonzert für das Winterhilfswerk*, un programa musical que aceptaba peticiones del público. Aunque sólo se emitía cada dos domingos, llegaba a tener un 80% de audiencia. La radio se convirtió en un entretenimiento popular a nivel político y social. Del lado político, hacía aumentar el apoyo al nazismo y presionaba a los escépticos; del lado social suponía una actividad que se solía en grupo, yendo a algún espacio público o invitando a amigos y familiares a casa. Así, se consolidaban relaciones entre personas con las mismas opiniones políticas, asentando la integración social entre iguales y propagar el sentido del *unter uns*, “entre nosotros” (Fritzsche, 2008: 72).

Otros medios muy populares entre la población eran los documentales cinematográficos – cada alemán iba al cine de seis a siete veces al año –, en los cuales se mostraban imágenes idílicas de campos de concentración, mítines, etc. Incluso existía el cine móvil, con el que los documentales llegasen a zonas rurales. En todos ellos se apreciaba la perfecta puesta en escena nazi, y se llegó a ejercer una verdadera fascinación visual sobre los alemanes (Davidson, 2012: 178). Los medios de comunicación eran una herramienta del despliegue propagandístico y demagógico, que pretendía entrelazarse totalmente con la vida personal de los ciudadanos.

Consideramos que vale la pena describir un caso concreto tratado por los medios de forma masiva: el de los campos de concentración. Su forma de insertarse en la esfera pública y la imagen que dieron explica el alcance y significado de los medios de comunicación en la sociedad alemana. La existencia de estos lugares hizo entender que para el gobierno nazi sólo existían los *Volkskameraden* – camaradas del pueblo – y los *Volksfeinde* – enemigos del pueblo; y todo el mundo sabía de que lado era más seguro estar. En un principio se aseguró que los campos serían instituciones temporales. Debían servir para aislar el estorbo que suponían los comunistas y demás enemigos de la comunidad. Los primeros días se utilizaron instalaciones no reglamentarias – llegaron a ser 160 –, pero ya a partir de 1933 se comenzó la construcción de campos. De la mano de Theodor Eicke, basándose en el modelo de Dachau, se sistematizó la conducta de los empleados de los campos y sus prisioneros. La prensa, la radio y los documentales se exhibían día tras día sobre el tema. Cada inauguración tenía su homenaje periodístico, aunque fuese a nivel local; se invitaba a los periodistas a visitar las instalaciones con la intención de que escribiesen reseñas edulcoradas. Las localidades que albergaban un campo lo veían con orgullo. Se aseguraba a la población que iban a crear empleo y serían beneficiosos para la economía – argumento falso, puesto que las instalaciones eran autosuficientes y contaban con mano de obra barata. La población era bombardeada día tras día con imágenes rústicas de los campos, con los internos vestidos de calle y sonrientes mientras trabajaban huertos y comían banquetes. Se mostraban esos lugares como verdaderos centros de rehabilitación, gracias a los cuales el que lo quisiera podría enmendar sus errores y volver a insertarse en la sociedad para servir a la comunidad del pueblo. Había poca oposición en la opinión pública, convencida de su utilidad para mantener el imperio de la ley y el orden. Sin embargo, los rumores eran constantes en cuanto a malos tratos. Un dicho muy revelador, recogido por Robert Gellately (2002: 79) es el que rezaba “¡Dios mío, déjame mudo, para que no acabe en Dachau!”. Criticar lo convertía a uno en enemigo de la comunidad, lo cual inevitablemente conducía a ser encerrado en un campo. La prensa, incondicional partidaria del gobierno, se esforzó por silenciar rumores y opiniones adversas. Así, se acusó a una supuesta conspiración extranjera de crear mentiras perniciosas sobre el sistema de los campos. A parte de los habituales argumentos sobre los beneficios de esos “campos de reeducación”, se insistía en un teórico origen biológico de la criminalidad no-política. Se comenzó a hablar de ello cuando, además de aprisionar a enemigos políticos en los campos, se encerró a delincuentes comunes. Tales teorías

tenían su origen en el S. XIX: dictaban que el criminal estaba marcado por defectos raciales y/o biológicos (Gellately, 2002: 94). Según estos preceptos retomados por los nazis, tales individuos se identificaban a través de unas deformidades físicas – notablemente en la forma de la cabeza y los rasgos faciales – visibles y catalogadas. Así, los lectores disponían de fotografías explicativas que comparaban individuos sanos con delincuentes biológicamente incorrectos y cientos de argumentos pseudo-científicos que apoyaban la teoría. Con el tiempo, se indicó que el mal de los criminales era incurable, porque habían nacido con ello, lo cual hacía indispensable su aislamiento de por vida (Gellately, 2002: 131). De esta forma se introdujo la decisión de convertir los campos en una institución permanente, ya que los criminales nunca podrían ser reeducados al cien por cien. Como ya hemos explicado, parte de la población estaba convencida de la utilidad de los campos de concentración y de su función básica para el buen funcionamiento del *volksgemeinschaft*. Tal hecho no hubiese sido posible sin el esfuerzo y la omnipresencia de los medios de comunicación.

Lo que hemos explicado sobre los campos de concentración es extrapolable a diversos conceptos e iniciativas nacionalsocialistas. Así pues, periódicos, documentales, panfletos, emisiones radiofónicas, etc., cuyo discurso único era escuchado constantemente por la población, fueron un elemento indispensable no sólo para la creación de la comunidad del pueblo sino para su fortificación y cohesión, magnificando y glorificando grandes hitos nazis como la creación del *Anschluss* en 1937. Así, el ya mencionado discurso único que emanó de los medios creó una propaganda que acabó confundándose con la realidad.

b) Autoridad Policial

La mayoría de la población se adaptó a los nuevos poderes de la policía con bastante facilidad. Una de las razones de ello fue que la delincuencia experimentó un descenso muy importante durante los años del nazismo. Se consideró que sus amplias prerrogativas eran un mal necesario para acabar con la violencia en las calles y la perversión inmoral de los años de la República. La mayoría de miembros de la policía ya habían hecho carrera durante la República, a diferencia de las paramilitares SA y SS. Hemos explicado el papel de la Gestapo durante los primeros meses y mencionado sus prerrogativas. Estas exenciones legales les permitía realizar “detenciones preventivas” gracias a las cuales podían detener a un sospechoso aunque aún no hubiese cometido un crimen y realizar una “reclusión cautelar” sin presentarlo ante un tribunal. Asimismo

aplicaron con mayor severidad las leyes ya existentes. Así, la policía tenía casi una ley propia que le daba una autoridad absoluta, y a partir de 1936 ni siquiera los tribunales podían condenar sus acciones. Por otro lado, se redactó un nuevo código penal que fue la base de toda la actuación policial y del consenso social. En él los derechos individuales quedaban muy menguados a favor de los derechos de la comunidad del pueblo. Acabando con la igualdad se consolidaban los valores raciales y de solidaridad entre miembros de la comunidad (Gellately, 2002: 60). Esta capa legal, y la gran mejora del nivel de vida, hicieron que el sentido de alarma de los alemanes se paliase. Por ello la policía se convirtió en el brazo derecho del gobierno en la consolidación social de sus ideas.

Por otro lado tenía un papel muy importante la Kripo, que se ocupaba de los delincuentes comunes. Este tipo de delincuentes – así como, de hecho, algunos de los criminales políticos – no estaban muy bien definidos. Antes de 1933 la Kripo era la sección de detectives de la policía ordinaria, que se recicló con el nazismo. Después del caos inicial, la Kripo comenzó una intensa actividad en la que se dedicó a intentar eliminar la criminalidad en la sociedad alemana de forma perpetua. Para esos fines hizo uso de los campos de concentración. Usaba la reclusión cautelar, y si el prisionero era liberado se establecía un control total de su vida cotidiana. No sólo se le vigilaba, sino que se dictaba lo que podía y debía hacer. Así, la policía se aseguraba no sólo de mantener a la comunidad a salvo de los criminales, sino de disuadir un máximo a los posibles reincidentes. Si bien los perfiles de los delincuentes perseguidos por la Kripo eran muy ambiguos, existían unas categorías muy generales que serán descritas más adelante. Las acciones de la Kripo, como las de la Gestapo, fueron bien acogidas por la mayoría de la sociedad, que tras los años de auge de la delincuencia de la República de Weimar no quería más que verse libre de la criminalidad. Con todo, vemos que la policía alemana era totalmente autoritaria y se inmiscuyó un máximo en la intimidad de los alemanes (Gellately, 2002: 65). Ello no sólo en el caso de los delincuentes en libertad vigilada, sino también en el de los alemanes corrientes, que sabían perfectamente que un desliz podía significar su condena y se veían alentados a colaborar mediante delación y otros métodos. El aprecio hacia los cuerpos de seguridad se refleja en hechos como el “Día de la Policía”, que consistía en una serie de celebraciones con objeto de demostrar la fuerza y capacidad de la policía alemana. Así pues, si bien por un lado la policía era temida, por otro lado era respetada y elogiada gracias a la llamada “limpieza social y racial” que estaba realizando. Se trataba pues no sólo de hacer que la

policía fuese respetada, sino también de que tuviese vínculos sólidos con la población, cosa que se realizó con bastante éxito (Gellately, 2002: 67).

c) El *Volksgemeinschaft*

El *volksgemeinschaft* se traduce literalmente como “comunidad del pueblo”. En esta comunidad cabían sólo los alemanes de raza pura, afines al régimen y respetuosos de la ley. Como ya se ha dicho, la comunidad del pueblo no fue algo que el nacionalsocialismo creó de la nada. Así, como explica Joachim Fest (2007: 31), los prusianos, por ejemplo, se sentían profundamente ligados a la tradición monárquica alemana y en varias ocasiones habían lanzado iniciativas para dotar a su tierra de un “alma” o incluso de una “misión” que le devolviese su grandeza. Sin embargo, la iniciativa que despegó fue la nacionalsocialista. Sólo había dos opciones: estar dentro o estar fuera. Para estar dentro había que esforzarse, aunque uno no se declarase nacionalsocialista, el gobierno opinaba que debía ser útil para la sociedad mediante el trabajo o las acciones solidarias. Si se actuaba de manera contraria, uno quedaba automáticamente fuera y en el punto de mira de las autoridades. El *volksgemeinschaft* se reflejaba en variedad de símbolos, como la obligación de llevar uniforme en ciertos ámbitos laborales. La uniformidad simbolizaba la unión y la desaparición de las clases sociales (Davidson, 2012: 187). Así, la mayoría quería tener un sitio en la comunidad.

El primer paso para conseguirlo era el pasaporte ario: la raza pasó a determinarlo todo (Fritzsche, 2008: 84-85). Sin el certificado, se perdían oportunidades sociales (participar en grupos juveniles), laborales (trabajar en el ejército y otros cuerpos de funcionariado), etc. El pasaporte ario – *Ahnenpass* – era fundamental, necesario incluso para casarse. El ciudadano debía arreglárselas para obtenerlo. Ello era una forma indirecta de demostrar la valía y las ganas de pertenecer a la comunidad del pueblo, además de que obligaba a reflexionar sobre el concepto de raza y el propio estatus de uno. Había que comprar el formulario en blanco, rellenarlo y legalizarlo ante notario. La valía racial era medida en cuatro grandes categorías: los alemanes puros con cuatro abuelos arios, los judíos con un mínimo de tres abuelos judíos, los judíos mixtos – *mischlinge* – en primer grado con dos abuelos judíos, y los judíos mixtos en segundo grado con un abuelo judío. Estos perfiles habían sido determinados en 1935 con las Leyes de Nuremberg, que asimismo prohibían el matrimonio entre arios y judíos. Así pues, la vida personal y los círculos en los que se podía sociabilizar quedaban altamente determinados por la ley. Con todo, para sacarse el pasaporte había que invertir tiempo y

esfuerzo. Rellenar los formularios no era tarea fácil, puesto que había que contactar a las rectorías de iglesias y los registros civiles para encontrar fechas de nacimiento y matrimonio de sus antepasados. Los alemanes comunes debían rastrear sus orígenes hasta 1875, y los soldados de la SS hasta 1800. Muchos, al no poder recrear su árbol genealógico ellos mismos, contrataron a detectives o genealogistas profesionales. De hecho, aumentó la cantidad de empleos de este tipo. Hubo una verdadera manía por la genealogía, llegando incluso a establecerse genealogías de perros domésticos. Con todo, muchas familias encontraron un nuevo tipo de orgullo: la de pertenecer a un clan cuya pureza racial era reconocida por el estado (Fritzsche, 2008: 81). Ello era no sólo una forma tangible de definir la comunidad sino de hacer que cada alemán le rindiese cuentas y demostrase su responsabilidad racial. Nuevamente vemos el lugar privilegiado que tenían los orígenes biológicos en la sociedad nazi: o se nacía *volksgenosse* o no. Así pues, la mayoría de alemanes estuvieron desesperados por demostrar su pureza racial y casarse con candidatos racialmente correctos a ojos del estado. Fuese por conformismo y oportunismo o por convencimiento político, lo cierto es que la mayoría de los alemanes se tomó en serio la tarea de convertir Alemania en un país ario. Estos cambios, que ellos vieron como algo que afectaba a su vida cotidiana, tuvieron como una de sus consecuencias la del genocidio (Fritzsche, 2008: 84). Sin embargo en general no lo entendieron, fuese por motivos morales – no hay que pensar que de la noche a la mañana los alemanes se convirtieron en monstruos o esclavos al servicio de la labor nazi –, por miedo a la guerra, o simplemente por negarse a ver la realidad. Se contentaron con disfrutar de los privilegios que brindaba el *Ahnenpass*, aunque no siempre se lo sacaban voluntariamente. En el extremo opuesto, los judíos se vieron obligados a registrarse ante las autoridades locales, tras lo cual recibían certificados de identidad. Hay que tener en cuenta la precaria situación legal que sufrieron tras las Leyes de Nuremberg de 1935, que retiraron la ciudadanía a todos los judíos del territorio alemán y los convirtió en “huéspedes”. Con estos registros se hizo fácil no sólo dejarlos fuera del *volksgemeinschaft*, sino también de requisar sus pertenencias.

El gobierno premiaba a los alemanes certificados de diversas maneras. Una de ellas fue la organizada por el Frente Alemán del Trabajo, institución que reemplazaba los sindicatos. Lanzó un programa llamado “Fuerza a Través de la Alegría”. Fue financiado con las cuotas que había que destinar al Frente, el 1’5% del salario. Con su lema “disfrutar de la vida”, se instaba a desarrollar un sentido de la responsabilidad para con la comunidad mediante la diversión sana y conjunta. Así, se ofrecían salidas a

espectáculos teatrales, conciertos, excursiones a la naturaleza, así como viajes de bajo presupuesto a los destinos preferentes de España, Portugal e Italia. Los *volksgenossen* pudieron empezar a hacer cosas con las que nunca antes hubiesen soñado, y ello animó a muchos a pasar de afiliación oficial a convencimiento real (Fest, 2007: 77). Este tipo de iniciativas fueron de gran importancia, ya que muchos sintieron que las antiguas fronteras de clase se borraban para dar paso a una sociedad igualitaria, tanto en ocio como en oportunidades laborales.

Otra de las implicaciones del *volksgemeinschaft* era la participación obligatoria en los organismos y campos comunitarios. A los diez años los niños ingresaban la *Jungvolk*, donde pasaban cuatro años. Después pasaban cuatro años más en las Juventudes Hitlerianas. Luego, tenían la posibilidad de ir al Servicio de Trabajo del Tercer Reich, que en 1936 se convirtió en una estancia obligatoria de seis meses. Hitler confiaba en que si tras todos estos años de formación los jóvenes no estaban totalmente convencidos por la ideología nazi, el servicio militar se encargaría de acabar de formarlos (Fritzsche, 2008: 99). Hacían talleres, asistían a conferencias, y de allí salían la mayoría de profesionales militares y científicos. En vísperas de la Segunda Guerra Mundial esos organismos se militarizaron. Las Juventudes fueron usadas de forma práctica: repartían propaganda, controlaban la fidelidad de la población – por ejemplo, en las aulas de clase, fijándose en lo que decían sus compañeros (Fest, 2007: 155). Actuaban según lo que dictaba el deber nazi: los propios líderes se encargaban de amonestar a quien iba en contra de la ley y no inscribía a sus hijos. Se hizo un uso muy importante de los campos comunitarios, a los cuales eran enviados regularmente. Allí, el objetivo principal era desarrollar la solidaridad entre *volksgenossen* y eliminar las fronteras de clase. Se mezcló a jóvenes burgueses con chicos de clase trabajadora. Mediante excursiones al campo, actividades físicas que exigían el trabajo en equipo, comidas en grupo y ocio saludable, se deseaba conseguir un sentimiento de igualdad dentro de la comunidad del pueblo. Todas las actividades debían ser realizadas con rectitud, orden y disciplina. Eran guiados por lemas como “el trabajo ennoblece” o “el trabajo os hará libres” – que también colgaban de las puertas de los campos de concentración. Sin embargo, la situación distaba de ser idílica. Muchos miembros de las organizaciones se aburrían y hastiaban por el trabajo duro y repetitivo. Asimismo, las barreras sociales no eran fáciles de superar (Fritzsche, 2008: 103). Era difícil que un joven de clase media viese natural codearse con un joven de clase trabajadora. Para muchos de ellos era la primera vez que cruzaban las fronteras de clase. Sin embargo, no

significa que muchos no pusiesen empeño en estas actividades ni se quisieran acostumbrar a las dinámicas sociales de la comunidad del pueblo. Por ello, en muchos diarios escritos por jóvenes burgueses se aprecia que, a pesar de su incomodidad por tener que compartir tiempo y espacio con individuos de clases bajas, lo veían como algo positivo no sólo para ellos sino para la sociedad alemana (Fritzsche, 2008: 103). A pesar de todo, se dejaban ciertos caminos para el éxito personal, como por ejemplo los concursos deportivos. Ello era una forma de no ahogar a los ciudadanos en una marea de obligaciones comunitarias. Con todo, se creó una remesa de líderes profundamente entrenados dentro de la ideología nazi que combatirían durante la guerra. Para muchos, el paso lógico al salir de las Juventudes y realizar los seis meses en el Servicio de Trabajo del Tercer Reich era ingresar en las SS. Así, ese cuerpo estaba formado por voluntarios que, en su mayoría, creían firmemente en los beneficios que el sistema nazi aportaba a Alemania. Pronto, la gente notaría en su vida diaria la presencia en las calles de esos jóvenes y alborotadores “camisas pardas”. Nadie quería problemas con los uniformados: en su presencia uno mantenía la discreción (Fest, 2007: 158). Existía una rama de las Juventudes Hitlerianas, la Liga de las Muchachas Alemanas, donde lo que aprendían las niñas tenía más que ver con el ámbito doméstico y educativo. Por último, también existían campos comunitarios para adultos. Consistían en cursos especializados para maestros, médicos, abogados, artistas y, funcionarios y directores empresariales. Así, los profesionales eran insertados dentro de los programas nacionalsocialistas. A través de ellos se ejercía una importante influencia en el resto de la sociedad. A pesar de todo, el procedimiento que pasaban niños y adultos era el mismo, dividido en tres etapas (Fritzsche, 2008: 105). Estaba primero el *Fahrt* que consistía en la realización de actividades grupales, como las excursiones anuales. En segundo lugar el *Lager*, que era la experiencia en campos comunitarios. Por último, el *Kolonne*, la consecuente – y supuesta – adaptación a los preceptos del régimen nazi. Hay que tener muy claro que, al igual que los campos de concentración o la escucha constante de discursos en los medios de comunicación, este programa no era infalible. Los propios dirigentes del gobierno eran conscientes de ello. Los campos comunitarios fueron un elemento base de radiestramiento y formación de la comunidad del pueblo, y se apostó fuertemente por la juventud (Fritzsche, 2008: 99). Sin embargo, los alemanes no eran personas vacías de opinión y sentido crítico, y es difícil saber hasta qué punto fueron convencidos por el nazismo. Ciertamente es que el lenguaje racial, los símbolos nazis como la bandera y el saludo, la unificación de los criterios de vestimenta – estaba mal visto llevar ropa que

denotase un estatus de élite – tuvieron en su base un enorme esfuerzo por parte de la población. Sin embargo, aún hoy en día, algunas experiencias son recordadas con incomodidad, incluso con humillación. Persistían las barreras de clase, así como las enemistades entre católicos y protestantes. Seis años, doce si contamos la guerra, no eran suficientes para eliminar costumbres y tradiciones con siglos de antigüedad. A pesar de ello, se creó una casta de líderes raciales cuya participación en la guerra debía ser determinante (Fritzsche, 2008: 105).

Se instó activamente a la población a realizar actividades benéficas, mediante voluntariado o la aportación de donativos. Se recaudaron fondos mediante las SA, la Cruz Roja, las Juventudes Hitlerianas, la Liga de Muchachas Alemanas, y simples voluntarios. Muchos se convencieron de que era una manera excelente de rehacer el país. El NSDAP realizó diversos eventos solidarios en los que se podía disfrutar, gratuitamente, de espectáculos o aperitivos. Las actividades benéficas eran controladas y reguladas por el Bienestar Popular Nacionalsocialista. Como en las Juventudes, muchos alemanes aprovecharon su implicación en los organismos para convertirse en directivos menores, en un ambiente en el cual se mezclaban todas las clases sociales. Realizar donativos se convirtió prácticamente en una herramienta de control social, con vecinos que se vigilaban quién participaba y quién no (Fritzsche, 2008: 57). No se trataba sólo de fidelidad al partido, sino de fidelidad a la patria, que debía reconstruirse en parte gracias a la solidaridad económica. Así pues, algo en principio tan altruista quedó insertado en las mecánicas de presión y control del gobierno que muchos alemanes adoptaron como propias e incluso usaron para fines personales. Algunas de esas campañas benéficas eran enormes, como por ejemplo las de Auxilio de Invierno. Las donaciones eran recompensadas con pequeñas insignias que mostraban su ayuda al *volks-gemeinschaft*. Eran un motivo de orgullo que ayudaba a fomentar la ideología nazi y su omnipresencia. Tales insignias se convirtieron en objetos de colección. Asimismo, su difusión tuvo una consecuencia secundaria: la revitalización de la industria juguetera, con la creación de nuevos puestos de trabajo que fueron anunciados a bombo y platillo.

Con todo, se instauró un amplísimo espíritu de comunidad que afectó a todos los niveles de la sociedad, llegando incluso a provocar que vecinos, familiares y amigos sospecharan los unos de los otros. Quien no mostrase entusiasmo se convertía en un sospechoso aislado y no tenía nadie con quien hablar en su propio barrio (Fest, 2007: 81). En contrapartida, como explica Martin Davidson (2012: 50), quien había sido miembro del partido antes de 1933 tenía cierta reputación. Con todo, la comunidad del

pueblo era la fuerza del régimen nazi, sin el apoyo de la cual éste no hubiese podido resistir hasta 1945.

d) Los Marginados Sociales

Desde los inicios se pusieron en marcha diferentes procesos de marginación. Ya se ha explicado la discriminación política que se aplicó en un principio a comunistas y enemigos del gobierno. Sin embargo, hubo gran cantidad de elementos que se consideraban peligrosos para la comunidad y que había que aislar y eliminar. Estos se podían situar en seis categorías que explicaremos desarrollaremos a continuación: los judíos, los delincuentes, los asociales, los discapacitados físicos y mentales, los marginados sexuales, y los sinti y romaníes.

Explicuemos en primer lugar el caso de los judíos. Hay que saber que, tanto en Europa como de forma más concreta, en Alemania, se había arraigado un importante antisemitismo. A finales de S. XIX se fraguó la idea de que el judío era la concentración de todos los males. Tal concepto fue propuesto por Chamberlain, que en contraposición propuso la figura del ario como reflejo de todas las buenas cualidades del ser humano. La definición racial del judaísmo, tanto en época del nacionalsocialismo como en los años previas, siempre fue muy ambigua (Perednik, 2001: 143). A pesar de ello circularon teorías pseudo-científicas sobre la inferioridad judía y la validez racial aria. Tras la Primera Guerra Mundial, surgió la idea de que uno de los factores del fracaso había sido una puñalada por la espalda realizada por la comunidad judía (Goldhagen, 1998: 116). Así, se asentaron las bases de un antisemitismo germano que no dejaba escapatoria alguna, puesto que quien nacía judío lo sería siempre: por ello los nazis llegarían a considerar que debían ser totalmente eliminados (Goldhagen, 1998: 77). Todos estos preceptos influenciaron la sociedad alemana, aunque no siempre fuese bajo forma de violencia o/y odio. Simplemente, se crearon dos espacios diferenciados, “nosotros” y “ellos”. Ello no frenó, ni en Alemania ni en otros países, el comercio con la comunidad judía. En el mundo rural germano, los judíos eran tratantes de ganado, por lo cual negociaban constantemente con los campesinos arios. Incluso bien consolidadas las políticas antisemitas el contacto y los actos de solidaridad seguían estando presentes en la sociedad, aunque de forma muy esporádica. Hay que decir que la marginación de la comunidad judía a partir de 1933 fue muy lenta (Gellately, 2002: 17), ya que el principal objetivo de Hitler al llegar al poder era restaurar el pleno empleo. Asimismo, el gobierno era consciente de que no se podía ir con prisas, sino la sistematización del

antisemitismo no tendría éxito. Así, el primer golpe contundente fue la privación de ciudadanía a todos los judíos de Alemania a raíz de las Leyes de Nuremberg en 1935. Por otro lado, una definición más o menos legal del estatus del judío era una forma de frenar la violencia arbitraria que sufría la comunidad judía. De hecho, los judíos tuvieron la posibilidad de acudir a la policía en caso de que sufriesen ataques violentos injustificados hasta 1938. El régimen nazi estaba empeñado en mantener un aspecto de respeto a la ley y el orden. Los judíos comenzaron a ser enviados activamente a campos de concentración, bajo pretexto de que quebrantaban las leyes de 1935. Se les aseguró que serían libres si abandonaban el país, aunque en la práctica tal posibilidad era muy limitada y, además, muchos países no querían recibirlos. Con todo, en 1938 se organizó una redada en la que fueron detenidos 1.500 judíos. Las autoridades locales participaron en el programa antisemita, debilitando las opiniones contrarias. La mayoría de la población aceptó las nuevas leyes, volviendo odioso al judío. Muchas empresas hebreas se vieron arruinadas por la falta de ventas y contactos: nadie quería tener nada que ver con ellos. Hubo un aumento en el número de denuncias, que según Robert Gellately se dividen en tres categorías (2002: 188): la deshonra de la raza (relaciones sexuales entre judíos y no judíos), conducta amistosa con judíos, y la expresión de opiniones contrarias al programa antisemita. No había ninguna ley en contra de un simple contacto con un judío – de hecho, en muchos casos se mantenía la cordialidad para con los judíos (Fest, 2007: 117), que no significa solidaridad – pero tales hechos podían ser denunciados igualmente y había consecuencias. Comprarles un solo artículo podía significar la condena social además de una detención. A partir de 1938 se vieron obligados a declarar su patrimonio y, consecuentemente, ser expropiados. Muchas de sus propiedades fueron estatalizadas, y otras vendidas en subasta. Así, muchos miembros del partido y alemanes de a pie accedieron a propiedades con las que antes no habrían ni soñado a precios muy bajos. Los medios de comunicación alimentaron la creencia de que el antisemitismo era general en todas las partes del mundo, lo cual lo hizo más fácil de aceptar por parte de la población. Así, los hechos escalaron hasta estallar en el pogromo del 8 al 10 de noviembre de 1938, la llamada Noche de los Cristales Rotos - *Kristallnacht*. Violencia, humillaciones y daños materiales que pocos criticaron y en los cuales algunos ciudadanos de a pie participaron (Goldhagen, 1998: 139). Todos estos hechos a penas fueron mencionados por la prensa. Fue la mayor acción de la Gestapo, que detuvo a 30.000 personas. A partir de entonces, la severidad aplicada al “problema judío” fue rígida y sistemática (Gellately, 2002: 183). Ya no pudieron gozar de la

relativa protección policial, ni podían defenderse ya que se les negó el derecho a poseer armas de fuego. La situación cambió incluso en los campos de concentración, en los cuales fueron segregados y maltratados con más dureza que el resto de los prisioneros. Muy pocos sectores de la población se dieron cuenta de que todo ello iba a desembocar en genocidio: los socialistas en el anonimato fueron uno de ellos, pero siempre se mantuvieron en exceso optimistas. Poco a poco, los judíos fueron excluidos de todos los círculos públicos, como cines, teatros, escuelas y universidades. Como ya se ha explicado, hubo un importante papel de la delación. Era el mayor recurso de la Gestapo en la detección de ilegalidades, sin el cual la persecución de judíos no habría tenido éxito (Gellately, 2002: 190). Los agentes de la Gestapo no se mostraron muy efectivos en la detección de los delitos de esas características, pero eran un factor intimidatorio de primer orden. La gente sentía que estaban en todas partes y actuaba en consecuencia: nadie quería ser el siguiente en su radar. En cuanto al móvil de los delatores, es muy difícil de determinar. Pocas veces era recogido por los informes de la Gestapo. Lo que está claro es que todos conocían las graves consecuencias de su delación: la prensa y los discursos políticos no dejaban lugar a dudas (Gellately, 2002: 193). Pocas delaciones tenían como motivo el convencimiento político. La mayoría actuaban en la base del egoísmo, con motivos instrumentales. Por ejemplo, para arruinar a rivales en el terreno económico. Se realizaron delaciones en todos los ámbitos: el trabajo, las amistades, la familia. Todas ellas supusieron un importante apoyo a la dictadura, o al menos de conformismo e indiferencia. Muchas delaciones eran falsas. Se convirtieron en una herramienta en manos de los ciudadanos que hicieron uso de ellas para fines personales. Hitler estaba descontento con esta actitud, puesto que iba contra los principios nazis de solidaridad entre *volksgenossen*. Asimismo, las delaciones falsas trastornaban la economía del país, puesto que algunas de ellas tuvieron consecuencias fatales, como el suicidio. Cuando ello ocurría, la propia Gestapo presentaba cargos. Para 1939, el inicio de la Segunda Guerra Mundial, la mitad de la comunidad judía alemana había desaparecido, por detenciones, deportaciones o emigraciones “voluntarias” (Gellately, 2002: 198).

En segundo lugar estaban los delincuentes reincidentes. Como ya se ha explicado, la Kripo hacía uso de la detención preventiva para evitar posibles crímenes. Asimismo, se pretendía paliar el aumento del crimen vivido durante la República. Para ello se quiso aislar a los criminales en campos de concentración, que eran también un elemento disuasorio (Gellately, 2002: 133). Además hay que tener en cuenta que la

recuperación del pleno empleo supuso la retirada de muchos mendigos y pequeños criminales de las calles. Los delincuentes más peligrosos y reincidentes fueron esterilizados por mandato de diversos jueces. La esterilización afectó a todo tipo de enemigos y marginados sociales, llegando a ser 400.000 las víctimas. Había una importante preocupación por los delincuentes juveniles. Muchos de ellos no lo eran realmente, sino que pertenecían a pandillas que buscaban divertirse al margen de las Juventudes Hitlerianas. Estas tuvieron un rol destacado en su detección y delación. A veces incluso los propios dirigentes del organismo los marginaban y les mandaban actividades propias de chicos que no tenían buena actitud (Fest, 2007: 181). A pesar de ello, hay que tener en cuenta que el enrolamiento obligatorio en las organizaciones juveniles apartaron a muchos jóvenes de las calles. En 1939 se creó la Central del Reich para la Lucha Contra la Delincuencia Juvenil. Los ciudadanos, asustados por la decadencia de la sociedad, aceptaron que fuesen tratados con rigor.

En tercer lugar, estaban los asociales. Eran una categoría social poco definida, en la que se incluían judíos y delincuentes reincidentes. El asocial era aquél que no actuaba como un buen ciudadano y no aceptaba sus responsabilidades sociales, o incluso iba en contra de ellas. En grandes líneas, se trataba de abortistas, prostitutas, rufianes, desempleados, gitanos, vagos y maleantes. Ya en 1933 hubo una importante redada para retirar a los mendigos de las calles. A pesar de los discursos grandilocuentes, se alegaba que Alemania no podía mantenerlos gratuitamente debido a la situación de crisis. Asimismo, en 1937 se preparó una lista de los delincuentes habituales, con la intención de tenerlos controlados. Ello facilitaba las detenciones preventivas y el aislamiento de los asociales reincidentes. Por otro lado, también se perseguía a los “vagos”. Los vagos eran hombres que, médicamente, tenían capacidad para trabajar, pero que rechazaban dos ofertas de empleo o más, o abandonaban el que ya tenían de manera injustificada (Gellately, 2002: 140). En 1937 se arrestó a 2000 de ellos, que no podían ser liberados a menos de tener perspectivas reales de empleo. En la categoría de los vagos entraban gran cantidad de personas, incluso los que frecuentaban albergues y no tenían domicilio fijo. En 1938 se realizó la primera acción masiva contra los vagos por parte de la Gestapo. Dos mil fueron puestos en reclusión cautelar en el campo de Buchenwald. Así pues, la categoría del “asocial” era peligrosa, puesto que su ambigüedad y amplitud hacía que prácticamente cualquiera pudiese ser el siguiente en la lista.

En cuarto lugar, se persiguió a los discapacitados mentales y físicos mediante la eutanasia, hecho que se intentó mantener en secreto (Gellately, 2002: 145). Ello iba acorde con una de las normas básicas de los nazis: el fuerte vale más que el débil, que sólo merece desprecio (Lebert, 2005: 235). En otoño de 1938 el gobierno tomó la decisión de practicar la eutanasia a muchos niños y niñas disminuidos, inútiles para la comunidad. Muchos de ellos estaban internados en hospitales y centros especiales. En mayo de 1939 se creó, en secreto, la Junta del Reich para el Registro Científico de las Dolencias Hereditarias y Congénitas Graves. Así, se enviaron peticiones a los gobiernos locales de que estableciesen listas registrando a todos los niños con malformaciones, deficiencias mentales o características especiales como la epilepsia. Se les debía aplicar la eutanasia con o sin el consentimiento de los padres. Decidieron usar el sistema de las cámaras de gas, llevándose a los pacientes en autocares especiales. Ello era a la vez secreto y visible para la población, que veía remesas de víctimas salir con regularidad en esos vehículos y no volver nunca (Michael Wildt, 2010: 243). Toda esta operación contó con la complicidad de personal médico variado. Entre junio y julio de 1939 se creó el programa para adultos, que fue nombrado T-4. Fue entonces que se empezó a pensar en legalizar la eutanasia. Los cálculos indicaron que debía eliminarse la astronómica cifra de 70.000 individuos (Gellately, 2002: 145). Pronto comenzaron a circular rumores. Era imposible no sospechar cuando morían “súbitamente” o por “complicaciones” familiares y amigos. Con el aumento de las muertes – que dejaban su marca en los obituarios – aumentaron los cuchicheos e intentos de eludir el programa. Se llegó incluso a pensar que los asesinatos eran realizados por la Gestapo. Muchos ciudadanos, asustados, comenzaron a sacar a sus amigos y familiares de sus hospitales y centros. Las familias acabaron incluso por temer por sus ancianos, pensando que la senilidad podría ser considerada como deficiencia mental (Michael Wildt, 2010: 248). El gobierno nacionalsocialista siguió con sus planes para legalizar el programa, pensando que sería más fácil para la población aceptarlo si ese era el caso. La operación continuó hasta 1941, cuando Hitler decidió cancelarla debido al descontento de la población, que comenzaba a exigir algún tipo de salvaguarda (Gellately, 2002: 149). En cuanto a la opinión pública, ya hemos dicho que imperaron el temor y la indignación. Sin embargo, algunos padres entregaron a sus hijos voluntariamente. Apoyaban profundamente las ideas del régimen y sentían una responsabilidad para con la comunidad del pueblo. Veían a sus hijos demasiado disminuidos física o mentalmente como para vivir de forma feliz y sana. Hay que tener presente que fueron casos

contados. En general, este fue un programa del régimen nazi que suscitó tanta indignación y terror que no se pudo concluir. Así pues, vemos que los ciudadanos alemanes partidarios del gobierno, en general muy conformistas con las políticas nazis, no pudieron aceptar ciertas crueldades cuando les afectaban de forma directa e íntima.

En quinto lugar, los nazis atacaron a los marginados o “desviados” sexuales. Los nacionalsocialistas tenían un gran empeño en controlar y regular la vida sexual de sus ciudadanos (Gellately, 2002: 157). Deseaban que los alemanes fuesen lo más monógamos y tradicionales posibles en sus relaciones sexuales. Asimismo, se estableció un sistema de higiene racial que pasaba por la regulación de las relaciones sexuales entre judíos y no judíos. Por otro lado se persiguieron las profesiones como la prostitución o la difusión de pornografía. Ya en 1933 se organizó una redada contra el gremio de las prostitutas. La mayoría de las detenidas fueron liberadas, sin embargo a algunas las obligaron a someterse a un tratamiento intenso contra las enfermedades venéreas. Las que reincidieron fueron detenidas nuevamente y esterilizadas. Por otro lado, estaba la persecución a los homosexuales. Junto con las prostitutas, para los nacionalsocialistas y la sociedad en general eran el símbolo viviente de la enfermedad y la depravación de la Alemania moderna. La homosexualidad era vista como una amenaza para la comunidad del pueblo, ya que no sólo era una degradación de los hábitos sexuales y familiares, sino que además era un peligro para la reproducción de la raza aria. En el código penal de la República de Weimar existían leyes que criminalizaban la homosexualidad, aunque no se aplicaban de forma estricta. Con los nazis, estas leyes ya existentes fueron aplicadas con severidad. Para 1934 ya había una sección especial en la Gestapo que se dedicaba a perseguir la homosexualidad. Por otro lado, el problema homosexual también fue gestionado por la Kripo. La prensa realizó un importante trabajo de propaganda, relacionando los homosexuales con pedófilos y asesinos en serie (Gellately, 2002: 161). Hay que tener en cuenta que, si bien la homosexualidad fue perseguida de forma sistemática, no fue así con el lesbianismo. Éste se consideró como una moda, un error corregible, no una enfermedad. El colectivo homosexual alemán fue asediado mediante la delación y redadas en sus locales anónimos. Después de ser detenidos eran enviados a campos de concentración, algunos incluso fueron acosados por las autoridades hasta que se suicidaron. La mayoría de detenidos fueron liberados y puestos en un programa de vigilancia planificada. Si se descubría que reincidían, volvían a ser puestos en prisión preventiva. En ese caso, podían ser liberados si aceptaban ser esterilizados y controlados de por vida. Con todo,

imperaba la idea de que la homosexualidad era una enfermedad, pero que no era incurable. Un ex-homosexual podía ser reinsertado en la sociedad (Gellately, 2002: 163). Gran parte de los alemanes, que tenían fuertes prejuicios tradicionales sobre la homosexualidad, aceptaron con gratitud estas medidas de limpieza y aislamiento.

En sexto lugar mencionaremos las campañas llevadas a cabo contra la minoría de los sintis y romaníes. De forma tradicional los sintis y romaníes habían sido vistos mediante estereotipos. Se los consideraba un grupo proclive a la delincuencia, a rechazar empleos y domicilios fijos, incluso con una tendencia a la auto-marginación. Se crearon campos de concentración especiales para ellos que no eran tan severos como aquéllos destinados a otros colectivos. En 1938 se creó la Central del Reich para luchar contra el “problema gitano”. Como con todos los otros colectivos de marginados sociales, se apeló a las autoridades locales para registrarlos y controlar su número. Éstas incluso realizaron peticiones para que las minorías que vivían en sus terrenos fuesen enviadas a campos de concentración (Gellately, 2002: 151). Se apoyaron en sus poblaciones arias, que habían desarrollado un profundo disgusto hacia la minoría gitana. En 1939 se les obligó a someterse a exámenes médicos raciales. Se consideró que los que eran de raza mixta eran especialmente peligrosos y con tendencia a la criminalidad, como teorizó Robert Ritter (Gellately, 2002: 152).

En todos los sentidos los marginados sociales se vieron segregados e insertados en una dinámica de pérdida de oportunidades, aislamiento y eliminación. Para muchos fue dramático, no sólo por las terribles consecuencias a nivel personal, económico y laboral, sino por verse negados y odiados por la patria a la cual amaban tanto como cualquier ario.

IV) Conclusión

El nacionalsocialismo irrumpió en la sociedad alemana en un momento de crisis económica y social. Aportó soluciones contundentes para las necesidades de ciertos sectores alemanes. Ello no sólo del lado político y económico, con la recuperación del pleno empleo y la lapidación de los Tratados de Versailles, sino también del social. Durante los seis acelerados años que se vivieron entre 1933 y 1939, hubo un cambio de rumbo total. Partiendo de la base de una tradición, mentalidad y anhelos ya existentes, los nacionalsocialistas cumplieron los deseos de muchos alemanes y solucionaron problemas como el del paro. Siempre se esforzaron por conseguir un máximo de apoyo de la población. Se inundó a los alemanes con ideales de futuro que muchos adoptaron

como propios. Así, se atrajo a una enorme cantidad de jóvenes, perdidos, que se sentían sin posibilidades de futuro, tanto política como laboralmente. De la mano del NSDAP, la población se dividió entre la comunidad del pueblo y los marginados sociales. Se llevó a cabo lo que denominaron una higiene racial y una limpieza social, con la participación de los ciudadanos arios, que aisló a los enemigos de la comunidad y, en muchos casos, los eliminó. Un movimiento rápido e intenso sacudió a la población alemana, con una idea en la mente colectiva: “hacia adelante”. Si bien se retomaban valores tradicionales a los que la población tenía apego, estos estaban distorsionados y modernizados en pos de la ideología nazi. A pesar de que se pueden ver los cambios de esos años como una oleada masiva, hay que tener en cuenta que no siempre hubo consenso y las opiniones fueron, a menudo, contradictorias. Sin embargo, el hecho de que criticar al gobierno fuese ilegal provocó que gran parte de los alemanes que se encontraban oficialmente dentro del *volkgemeinschaft* se auto-silenciasen. La indiferencia y el conformismo eran una forma efectiva de mantenerse, a sí mismo y a la propia familia, a salvo. Así, si bien los mecanismos de gestión y control nazis consiguieron afectar la vida diaria y la intimidad de los alemanes, no fue siempre por convencimiento y fidelidad. Las razones que tuvieron algunos alemanes para adaptarse a esa nazificación fueron pues variadas. Así pues, para realizar este análisis hemos utilizado bibliografía de diferentes tipos. Por un lado, hemos estudiado obras que intentan trazar un perfil de la sociedad nazi, como *Vida y Muerte en el Tercer Reich*, de Peter Fritzsche. Han sido de gran interés y han sido útiles para establecer el sentido y la estructura de nuestro trabajo. Por otro lado, hemos hecho uso de algunos volúmenes biográficos o autobiográficos, como *Yo no*, de Joachim Fest. Este tipo de bibliografía da una comprensión más directa de los cambios y mecanismos a los que tuvo que adaptarse la población. Son una herramienta que permite des-demonizar la figura del nazi y la sociedad de esa época. Tal contraste de fuentes es el que permite interrogarse sobre un tema tan peliagudo con un máximo de objetividad. Con todo, es un tema que insta a la reflexión y alza nuevas preguntas. Teniendo en cuenta el margen temporal en el que se ha centrado nuestro análisis, ¿hasta qué punto fueron esos seis primeros años una preparación para los radicalismos de la guerra? ¿Cómo afectó la guerra a la sociedad alemana y cómo siguió el cambio de dirección en esa época? La dictadura de Hitler, se mire como se mire, marcó un antes y un después en la sociedad alemana. Introdujo no sólo cambios e innovaciones, sino recuerdos y tabús que determinarían el destino de miles de personas.

V) Bibliografía Comentada

- ALY, G. (2006). *La Utopía Nazi. Cómo Hitler Compró a los Alemanes*. Barcelona: Crítica. [De esta obra hemos utilizado básicamente el capítulo introductorio, en el cual se explica el trauma alemán tras la Primera Guerra Mundial y la influencia ideológica del nazismo].

- DAVIDSON, M. (2012). *El Nazi Perfecto*. Barcelona: Anagrama. [Esta biografía del abuelo del autor ha proporcionado información sobre los mecanismos del aparato nazi, y sus implicaciones sociales y familiares].

- FEST, J. (2007). *Memòries d'Infantesa i Joventut*. Barcelona: Columna. [De esta autobiografía hemos sacado información para mostrar la otra cara de la moneda: cómo se adaptaron las familias que no eran afines al nazismo e incluso le eran contrarias].

- FRITZSCHE, P. (2009). *Vida y Muerte en el Tercer Reich*. Barcelona: Crítica. [Este ha sido uno de los manuales básicos de nuestro trabajo, especialmente en cuanto a campañas sociales y procesos de arianización].

- GELLATELY, R. (2002). *No Sólo Hitler. La Alemania Nazi Entre la Coacción y el Consenso*. Barcelona: Crítica. [Manual de base que trata a conciencia el tema de la división social entre comunidad del pueblo y marginados, así como el papel de la policía].

- HOBBSBAWM, E.J. (1994). *L'Âge des Extrêmes. Le Court Vingtième Siècle 1914-1991*. Bruxelles: Complexe. [Es una obra extensa sobre la aparición y consolidación de los radicalismos políticos en el S. XX, que hemos utilizado para enmarcar el nazismo en su contexto europeo].

- GOLDHAGEN, D. N. (1998). *Los Verdugos Voluntarios de Hitler. Los Alemanes Corrientes y el Holocausto*. Madrid: Taurus. [Obra centrada básicamente en la acción de los civiles alemanes en el programa antisemita, que hemos utilizado para analizar la marginación de los judíos].

- LEBERT, N. & LEBERT, S. (2005). *Tú Llevas mi Nombre. La Insoportable Herencia de los Hijos de los Jerarcas Nazis*. Barcelona: Planeta. [Obra que trata sobre la vida de diversos hijos de dirigentes nazis tras la guerra, que ha sido útil para entender la mentalidad puramente nazi].

- PEREDNIK, G.D. (2001). *La Judeofobia*. Barcelona: Flor del Viento Ediciones. [Obra dedicada al tema del antisemitismo en diversos países, que hemos utilizado en nuestro análisis histórico del antisemitismo alemán].

- WILDT, M. (2010). Terror, Persecution and Extermination on Reich Territory. En: NACHMA, A. (ed). *Topography of Terror – Gestapo, SS, and Reich Security Main Office on Wilhelm- and Prinz-Albrecht-Strasse. A Documentation*. Berlin: Stiftung Topographie des Terrors. [Catálogo del museo berlinés Topography of Terror, que es un recorrido fotográfico y comentado de la vida en la capital alemana durante el gobierno nazi].